

ANT-XIX-1283/5

José María López y López.

La Crisis

DEL HAMBRE



SEVILLA

Tipografía de GIRONÉS, Lagar núm 5.

1897

LA CRISIS DEL HAMBRE

21 cm

R-92777



José María López y López.

La Crisis

DEL HAMBRE



SEVILLA

Tipografía de GIRONÉS, Lagar núm. 5.
1897

A S. M. LA REINA REGENTE

Señora:

Al inscribir el nombre augusto de V. M. en la primera página de este humildísimo trabajo, un sentimiento generoso alienta mi corazón, y una idea, que juzgo utilitaria, preocupa mi cerebro.

Consiste el primero en el deseo de aliviar la triste situación de esos desheredados de la fortuna, cuyo número ha multiplicado la desgracia en esta noble é hidalga Nación, hasta el extremo de que apenas existe en ella una comarca donde el hambre no deje sentir sus terribles tormentos.

Tiende la segunda á exponer á la alta consideración de V. M. las causas que, en mi opinión, contribuyen á tan lamentable efecto, y el remedio más eficaz y oportuno que puede aplicarse.

V. M., cuya cariñosa solicitud para los desgraciados es notoria, y cuya caridad es proverbial, puede hacer mucho en su favor, inclinando el ánimo de su Gobierno responsable á dictar medidas salvadoras que pongan término á una situación insostenible, y que, armonizando los preceptos del Cristianismo y de la Democracia, agregue un nuevo timbre á los muchos que á V. M. enaltecen, concediéndole un título indiscutible á la gratitud de todos los buenos españoles.

Si logro realizar esta mi única aspiración, quedarán satisfechos los deseos del que, respetuosamente, reitera á V. M. su adhesión más leal.

A los R. P. de V. M.,

José M.^a López y López.



A más espantosa miseria se enseñorea hoy de toda la Región Andaluza y de casi todas las provincias de esta desgraciada Península. La crisis del hambre, la más aflictiva de todas, la que más oprime el corazón de todo honrado jefe de familia, la que afecta caracteres más alarmantes y excita las pasiones del pobre jornalero, estimulándolo á cometer los mayores excesos para alimentar sus hijos ante la imposibilidad de encontrar para ellos un pedazo de pan ganado con el sudor de su frente, esa crisis tristísima es hoy la gangrena del propietario y del proletariado.

Aquél la encubre todavía con las formas que las exigencias sociales y el hábito del bienestar le

imponen; desgarran los últimos jirones de una hacienda maltrecha y cercenada poco á poco por las exacciones inmoderadas de Gobiernos codiciosos y poco preocupados de lo que la industria agrícola vale y representa en este País, pero arrastra todavía una vida, siquiera sea más ó menos miserable, ora recurriendo á la usura que los explota y los arruina, ora malbaratando sus ganados y sus propiedades, cuya renta deficiente apenas alcanza á cubrir lo que el Fisco les exige.

Éstos, en cambio, los que viven á expensa del trabajo, los que no cuentan más que con el módico recurso que el pequeño jornal les proporciona; los que no pueden esperar á mañana porque carecen de todo fondo de reserva y de todo otro medio con que subvenir á sus necesidades apremiantes, acuden á los Ayuntamientos en demanda de auxilios ó de trabajo, agotan en pocos días el limitado presupuesto que para esto se asigna, y recurren después á implorar la caridad pública, siempre hermosa, cristiana y fecunda, en este País, pero deficiente por las muchas formas y objetos para que se la solicita, y la imposibilidad de dar parte de lo supérfluo aquel que ya va careciendo de lo necesario.

Sin una administración ruinosa, sin un criterio absurdo en nuestros gobernantes, apenas se concibe que, en un País tan espléndidamente dotado por

la Providencia, cuyo suelo fértilísimo convida al bienestar y garantiza la abundancia, sucedan cosas tales y se experimenten los tristísimos efectos del hambre.

Y es que, en este país, donde se endiosan tantas medianías, y donde nuestros más eminentes estadistas se preocupan tanto de pueriles consideraciones de orgullo y de conveniencias de partido, no se piensa con la seriedad, el interés y el detenimiento merecidos, en ese importante problema de la producción agrícola y la protección de esta industria, vista por muchos de nuestros eximios economistas por el mezquino prisma del interés regional.

Hay que poner la agricultura española en el estado de sostener competencia con la de otros países donde se halla más protegida; no hay que buscar el encarecimiento de los cereales, de los que exportamos muy pocos; hay que pensar en que, toda alza exagerada en la cotización de artículos esencialmente necesarios á la vida, trae aparejada la imposibilidad de hacerlos asequibles al pobre. Cuando éste gana el mísero jornal de cincuenta céntimos de peseta y su comida, ¿cómo ha de sufragar la alimentación de su familia, costando el kilo de pan cuarenta céntimos?

Y si el trigo cuesta á sesenta reales la fanega, precio á que se cotiza en muchos mercados andaluces, incluso el de esta ciudad, ¿cómo ha de ela-

borarse el pan más barato, si los Ayuntamientos, únicos que podían hacerlo estableciendo puestos reguladores para enfrenar la codicia de los industriales, no se preocupan jamás de semejante idea?

¿Cómo se explica que, en un país donde se gastan diarios cuatro millones de pesetas en el presupuesto del Ministerio de la Guerra, no haya importantes consignaciones en el Ministerio de Fomento para obras públicas, cuya ejecución proporcione el doble beneficio de alimentar á miles de obreros y construir edificios para las oficinas del Estado, para hospitales y escuelas públicas, de que tanto se carece en este país, cuyo grado de instrucción en la clase proletaria es menor que el de todas las naciones civilizadas?

Aquí, donde las avenidas de los ríos causan inundaciones tan frecuentes como la que ahora lamentamos en Sevilla; aquí, donde las carreteras se encuentran poco menos que intransitables, y donde hay ciudades, tan populosas como Écija, que tienen muchas calles convertidas en pantanos por el estancamiento de las aguas, las proposiciones de ley sobre construcción de carreteras y ferrocarriles, granjas modelos, obras de desviación de los cauces de los ríos, ó de defensa contra la corriente de los mismos, se sujetan á un largo expedienteo, se nombran comisiones y subcomisiones para examinarlas, y se concluye por consignar en los presupues-

tos del Estado una cantidad, ridícula por su insignificancia, para atender á gastos de tanta transcendencia y de carácter tan urgente como los son los que venimos enumerando.

Después queda al criterio de los Ministros aplicar ese presupuesto en aquellos distritos representados por sus paniaguados y amigos, donde algo pueda justificar la inversión, siquiera haya otros donde las necesidades sean más urgentes y perentorias, y más fundada, portanto, la inversión de esa suma.

La política y la empleomanía, dos cánceres distintos y un solo mal verdadero, van devorando las entrañas de esta pobre Patria, cuya vida y cuya prosperidad se hacen imposibles por el abandono en que los Gobiernos tienen lo que constituye la esencia de su producción.

Las industrias más ricas se monopolizan por casas extranjeras, y cuando el Gobierno, en justa reciprocidad, les pide sus capitales para subvenir á las necesidades del Estado, menosprecian y desprestigian nuestro crédito, que tan alto ha colocado el patriotismo nacional en la última operación del empréstito.

Las operaciones bursátiles, los altos intereses financieros, la cordialidad de relaciones con esos reyes de la Banca, que no reconocen otra ley que su capricho, y que la imponen á los Gobiernos y á

las sociedades de crédito con la avasalladora fuerza de sus millones, son la única consideración atendida para los Gobiernos conservadores, que estiman la opinión pública como un mito y pocas veces se inspiran en ella. El Jefe ilustre del partido liberal, sujeto á errores como todo hombre político, ha mostrado, con su actitud correcta en la oposición, que los partidos de gobierno deben tener por norma el patriotismo, y por conducta y medio el sacrificio cuando las necesidades de la Patria lo exigen.

No debe ser la consecución del mando, ni la idea de conservarlo, la que aliente á los hombres públicos en su difícil y escabrosa carrera. Su responsabilidad es tanto mayor cuanto mayores son las facilidades que se le dan para gobernar; y acaso ningún estadista moderno las habrá tenido iguales á las que las Cortes del 95 y 96 dieron al Sr. Cánovas.

Pero, como no queremos apartarnos de la cuestión, mejor dicho, de la desgracia que sirve de epígrafe á estas líneas, empezaremos á reseñar los medios de remediarla, que, en nuestra modesta opinión, estimamos como los más eficaces.

No es toda la culpa de los Gobiernos en estas crisis de la agricultura; confésemoslo con lealtad y franqueza, y procuremos demostrarlo.

Es verdad axiomática que la unión constituye

la fuerza, y esta verdad parece desconocida por nuestros principales agricultores.

Apenas existe centro importante de producción en Andalucía donde funcione una Liga agraria; apenas se leen los periódicos que hablan de tan importante industria, mucho más útiles, sin embargo, que algunos que solo se ocupan de rencillas políticas y solo sirven los intereses de bandería: el buen sentido de nuestros lectores comprenderá que no aludimos á esos periódicos populares que se inspiran en la opinión pública, y que, precisamente porque la reflejan, son leídos por todos con interés.

La Liga Agraria, único órgano de importancia de los agricultores españoles, apenas si consigue, por casualidad, alguna vez ver atendidas por los Gobiernos sus indicaciones. Y esto no sucede ciertamente cuando mandan los conservadores.

En otras cuestiones no se muestran los agricultores españoles más celosos de su prosperidad. Tuve ocasión de presenciar los debates importantísimos habidos en la última legislatura del 95, y hasta de intervenir varias veces en ellos, poniendo mi modesta palabra al servicio de los intereses de la agricultura, y de allí saqué la triste impresión de que falta acuerdo y unidad de miras entre los diversos representantes de sus distintas producciones; que los viticultores y los llamados *trigueros* rompían fuertemente lanzas unos contra otros; que el espí-

ritu de partido se infiltraba y se imponía de modo tan exagerado y ridículo en algunas discusiones, que hubo Diputado que, representando una región esencialmente olivarera, de las más ricas de Andalucía, votó contra los intereses de esta industria, defendidos calurosamente y con verdadera elocuencia por los Sres. Conde de San Bernardo, Domínguez Pascual, Bastida, Liaño y yo, el más modesto y el menos competente de todos, y el primero, sin embargo, que habló con motivo de la crisis obrera en Febrero del 95, y presenté las primeras proposiciones de ley favorables á la industria olivarera.

Sin embargo, este Diputado á que aludo sin la pretensión de agraviarle, y solo para hacer constar que antepuso la disciplina política á los intereses de su distrito, ha vuelto á representarle sin oposición y con el correspondiente encasillado de un Gobierno contrario á sus ideas, mientras los que hicieron tan brillante campaña en favor de los intereses materiales que representaban quedaron excluidos todos del actual Congreso, excepción hecha del Sr. Domínguez Pascual, que pasa ya como indiscutible en su distrito natural para todos los Gobiernos.

¡Á qué tristes consideraciones se prestan estos convencionalismos políticos y estas imposiciones del Poder, que convierten las elecciones en una farsa indigna, privando á la mayor parte de los cen-

tros productores de España de representantes legítimos de sus verdaderos intereses!

Otra necesidad que se impone para evitar crisis como la que actualmente lamentamos en toda Andalucía, es la inteligencia entre el propietario y el bracero para el justo precio del trabajo, con el fin de que éste obtenga su debida remuneración por parte de aquéllos, y se preste con la espontaneidad y buena fé del trabajador, que ve en sus amos un protector noble y cariñoso, más que un especulador mezquino. Esta inteligencia solo puede ser procurada por medio de sindicatos mixtos en todos los grandes centros productores, elegidos por medio del sufragio, y donde tengan igual representación los intereses del Trabajo y de la Propiedad.

Solo así se conseguiría el loable fin de buscar la inteligencia y la armonía entre dos clases que mutuamente se necesitan, y cuyos esfuerzos vienen á ser como el engranaje de una máquina de reloj cuya marcha se resiente de la mala combinación de las partes que la componen.

Y por último; la rectificación de cartillas evaluatorias, puesta ya en práctica en la provincia de Granada, y que debe hacerse en todas las de España, en forma tal que la tributación venga á ser una verdad y que no se tolere el irritante privilegio de que algunos importantes banqueros y otros riquísimos fabricantes ó industriales paguen la milésima parte del

rendimiento que obtienen en las industrias que explotan, mientras que muchos propietarios de fincas rústicas tienen que abandonarlas al Fisco por considerar que no producen lo suficiente para pagar las contribuciones é impuestos con que están gravadas.

Á los que parezca exagerada esta aseveración puedo convencerlos con la exposición de hechos, siempre más elocuentes que las palabras. Todos los días registran los periódicos estadísticas de centenares de fincas embargadas y vendidas por débitos de contribuciones. Todos los días sabemos que hay agiotistas ó industriales que pagan una cuota ínfima y explotan un capital de algunos millones, de la manera más reproductiva pòsible en el orden comercial. Y cuando tan irritante privilegio se denuncia, la protección valiosa de algún personaje de la política, ó las deficiencias de nuestra organización administrativa, vienen á dejar en la impunidad al defraudador, sin que el propietario pueda nunca gozar de ella; porque, en todo caso, la propiedad inmueble responde de la ocultación ó el fraude. Con realizar estas medidas, y con adoptar en el sistema de cultivo los procedimientos que marca la ciencia y que tan buenos resultados reportan á la producción en Alemania, Francia y los Estados Unidos, los agricultores españoles habrán dado un gran paso en el camino de su regeneración, y tocarán las inmensas ventajas de abandonar el antiguo y rutinario procedi-

miento que algunos practican todavía. Momentos tris-
tísimos atraviesa el País, en particular para la agri-
cultura, y en general para la Patria: por la honra de
su bandera y por la integridad de su territorio lucha
allende los mares nuestro valeroso Ejército. No ol-
vide el Sr. Cánovas que ese Ejército se compone, en
su inmensa mayoría, de hijos del pueblo, y haga por
aliviar el hambre que este pueblo padece.

No terminaremos estas líneas sin dedicar un con-
sejo á ese honrado pueblo español que constituye la
gran masa de obreros en las distintas aplicaciones
del trabajo. Germina entre ellos la mala semilla del
comunismo, y cunde como la cizaña en un campo
de trigo, abonado por la insensata ambición de los
que lo predicán, y secundada poderosamente esta
propaganda por dos auxiliares de gran fuerza: la Ig-
norancia y la Miseria. Quien ama al pueblo no pue-
de adularlo; pero, haciéndole justicia, el pueblo es
realmente irresponsable de la una y de la otra. Los
Gobiernos son los que deben proveer á la enseñanza
primaria, base de nuestra primera educación. Ellos
también deben encauzar la gobernación del Estado
evitando situaciones como la que en España deplo-
ramos hoy.

El socialismo es indudablemente una utopía;
pero... ¿acaso no pueden prosperar todos los absur-
dos al calor de la desesperación?

Hay que evitar á todo trance que el pueblo lle-

gue á ella, porque la desesperación ofusca el entendimiento y empuja á la violencia.

Los Gobiernos españoles están más obligados que otro alguno á procurar aliviar los males de ese pueblo, siempre honrado y generoso cuando se trata de derramar su sangre por la Patria; laborioso y sufrido hasta la exageración; sobrio en grado mayor que otros pueblos más civilizados, y al que solo falta una virtud que pugna contra nuestras costumbres, nuestro temperamento y hasta la naturaleza misma del suelo que nos sustenta: la virtud del ahorro.

Esa economía bien entendida, que hace del obrero francés ó belga un pequeño propietario á los pocos años de privaciones, y es completamente desconocida para el obrero español, que tira la casa por la ventana, como suele decirse, y empeña á veces prendas indispensables de su vestir para asistir á la fiesta nacional, y derrocha en la taberna en solo un día lo que gana en muchos á costa de rudísimos trabajos.

No es este un artículo literario, ni hemos cuidado siquiera de amoldarlo á los más estrictos preceptos del buen decir. Expresar la verdad escueta, desnuda, sincera, tal como debe manifestarse á los poderosos y á los desvalidos, ese ha sido nuestro principal empeño; así como nuestra más noble aspiración consiste en atraer sobre el obrero español

la valiosa protección de la Augusta Dama á la que dedicamos estas líneas, y cuyas sienes orla la triple corona de la Majestad, la Virtud y el Talento.



500

